

IX

Camarera y ama

El estado en que volvió Nicole á su cuarto, no era tan tranquilo como ella afectaba. De toda aquella travesura, de que había querido dar pruebas, de toda la firmeza que creía haber ostentado, la joven no poseía en realidad más que una dosis de fanfarronada suficiente para hacerla peligrosa y para que pareciese corrompida. Nicole tenía una imaginación naturalmente desordenada, un talento extraviado por malas lecturas. La combinación de aquel talento y de aquella imaginación daba vuelo á sus ardientes sentidos, pero no tenía un alma desecada, y si su amor propio, omnipotente sobre ella, lograba á veces contener las lágrimas en sus ojos, caían éstas en su corazón corrosivas como gotas de plomo derretido.

Una sola demostración había hecho significativa y real; la sonrisa llena de desprecio con que había acogido los primeros insultos de Gilberto. ¡Aquella sonrisa revelaba todas las heridas de su corazón! Nicole era ciertamente una joven sin virtud ni principios, pero había dado algún valor á su derrota, y cuando se entregó, como se había entregado toda entera, había creído hacer un presente. La indiferencia y fatuidad de Gilberto la envilecían á sus propios ojos. Acababa de ser rudamente castigada, y había sentido

cruelemente el dolor de aquel castigo, pero se sublevó contra el azote, y se juró á sí misma que devolvería á Gilberto, si no todo, cuando menos parte del mal que le había hecho.

Joven, vigorosa, llena de savia rústica, dotada de esa facultad de olvidar tan preciosa para quien sólo aspira á mandar á los que la aman, Nicole pudo dormir después de haber concertado su pequeño plan de venganza con todos los demonios que le hacían el honor de habitar en su corazón de diez y siete años.

Por lo demás, la señorita de Taverney le parecía tanto y aun más culpable que Gilberto. Una joven de la nobleza, nutrida de preocupaciones, hinchada de orgullo, que en el convento de Nancy hablaba en tercera persona á las princesas, daba usted á las duquesas, y no hacía caso de las demás; una estatua fría en apariencia, pero sensible bajo su capa de mármol; esta estatua le parecía ridícula y mezquina, cuando se convertía en mujer para un Pigmalión lugareño como Gilberto.

Porque, preciso es decirlo, Nicole, con ese instinto exquisito de que la naturaleza ha dotado á las mujeres, se reconocía inferior á Gilberto, sólo en talento, pero superior en cuanto á lo demás. Sin esa supremacía de espíritu que su amante había adquirido sobre ella con cinco ó seis años de lectura, se creía rebajada, siendo camarera de un barón arruinado, con entregarse á un aldeano.

¿Qué no se rebajaba, pues, su ama si en realidad se había entregado á Gilberto?

Nicole reflexionó que el contar á M. de Taverney, no lo que había creído ver, sino lo que se figuraba haber visto, sería una falta enorme; primero, en atención al carácter del barón que se reiría después de haber sopapeado y despedido á Gilberto, y luego á causa del

carácter de Gilberto que hallaría la venganza mezquina y despreciable.

Pero hacer sufrir á Gilberto en Andrea, adquirir derechos sobre ambos, verlos palidecer ó ruborizarse bajo su mirada de camarera, hacerse dueña absoluta, y tal vez hacer sentir á Gilberto el tiempo en que la mano que besaba no era tosca más que en la superficie; todo eso lisonjeó su imaginación y acarició su orgullo; eso le pareció realmente ventajoso, y ese fué el partido que tomó.

Después se quedó dormida.

Era ya día cuando despertó, fresca, ligera, con el espíritu dispuesto. Gastó el tiempo ordinario en su peinado, es decir una hora; porque sólo para desenredar sus largos cabellos, otra mano menos hábil ó más escrupulosa que la suya hubiera gastado doble tiempo. Nicole miró sus ojos en el triángulo de vidrio azogado de que acabamos de hablar y que le servía de espejo; sus ojos le parecieron más bellos que nunca. Continuando su examen, pasó de los ojos á la boca: sus labios no se habían puesto descoloridos, y se ponían redondos como una cereza, bajo la sombra de una fina nariz ligeramente arremangada: su cuello, que ella cuidaba mucho de preservar de los rayos del sol, era de una blancura de azucena; y nada podía darse más rico que su pecho, ni más insolentemente arqueado que su talle.

Al verse tan bella, Nicole creyó que fácilmente podría inspirar celos á Andrea. Como se ve, no estaba enteramente corrompida, puesto que no pensó en un capricho ó una fantasía, y que se le ocurrió la idea de que la señorita de Taverney podía amar á Gilberto.

Armada así en lo físico y en lo moral, Nicole abrió la puerta del cuarto de Andrea, como estaba autorizada

á hacerlo por su ama, cuando ésta no estaba levantada á las siete.

Apenas entró en el cuarto, se detuvo.

Andrea, pálida y su frente bañada de un sudor en que flotaba su hermoso cabello, estaba tendida en la cama, respirando con dificultad, y retorciéndose en su pesado sueño con una expresión de dolor.

Sus sábanas, enrolladas y arrugadas debajo de ella, no habían vuelto á cubrir su cuerpo, medio vestido y en un desorden que revelaba su estado de agitación; apoyaba una de sus mejillas sobre su brazo, y con la otra mano apretaba su pecho blanco y terso como el mármol.

De vez en cuando su respiración, suspendida por intervalos, se escapaba como un estertor de dolor y lanzaba un gemido inarticulado.

Nicole la contempló por un momento en silencio, y meneó la cabeza, porque se hacía justicia, y comprendía que no había en el mundo hermosura que pudiera competir con la de Andrea.

En seguida se dirigió hacia la ventana y la abrió de par en par.

Un torrente de luz invadió al punto la alcoba é hizo temblar los párpados cárdenos de la señorita de Taverney.

Ésta despertó, y queriendo levantarse, sintió una lasitud tan grande y al mismo tiempo un dolor tan agudo, que volvió á caer sobre su almohada lanzando un grito.

— ¡Oh, Dios mío! dijo Nicole, ¿qué tenéis, señorita?

— ¿Es muy tarde? preguntó Andrea frotándose los ojos.

— Muy tarde, señorita; habéis dormido una hora más que de costumbre.

— No sé lo que tengo, Nicole, dijo Andrea mirando

á su alrededor para cerciorarse bien del sitio en que se hallaba; me siento muy abrumada, y parece que tengo el pecho despedazado.

Antes de contestar, fijó Nicole la vista en su ama.

— Será un principio de resfriado que habréis cogido esta noche.

— ¿Esta noche? preguntó Andrea con sorpresa. ¡Oh! exclamó notando el desorden de su peinado, ¿no me he desnudado? ¿Cómo ha sido esto?

— ¡Diablo! dijo Nicole, ¿no os acordáis ya, señorita?

— De nada me acuerdo, dijo Andrea llevando ambas manos á su frente; ¿qué me ha sucedido? ¿estoy loca?

Y se incorporó en su cama mirando otra vez á su alrededor con aire azorado.

Haciendo después un esfuerzo, exclamó:

— ¡Ah! sí, me acuerdo: ayer estaba tan cansada, tan rendida... á causa sin duda de la tormenta, después...

Nicole le mostró con el dedo su cama desbaratada, pero cubierta, á pesar de su desorden.

Y se detuvo, pensando en el extranjero que la había mirado de una manera tan singular.

— ¿Y después?... preguntó Nicole con la apariencia del interés, parece que os acordabais...

— Después, contestó Andrea, me quedé dormida sobre el taburete de mi clave. Á contar desde este momento de nada más me acuerdo. Habré subido á mi cuarto medio dormida, y me habré echado sobre la cama sin tener fuerzas para desaudarme.

— ¿Y por qué no me llamasteis, señorita? dijo Nicole en tono cariñoso: ¿no soy vuestra camarera?

— No habré pensado en ello, porque me faltarían fuerzas para llamar, dijo Andrea con un candor sincero.

— ¡Hipócrita! murmuró Nicole.

En seguida añadió:

— Según eso os quedasteis hasta muy tarde al clave, pues antes de que hubieseis entrado en vuestra alcoba, al oír yo ruido en la sala baja, descendí inmediatamente.

Aquí se interrumpió Nicole esperando sorprender algún movimiento de Andrea, alguna señal de rubor; pero permaneció tranquila, y en cierto modo podía la vista penetrar hasta su alma por el límpido cristal de su rostro.

— Bajé inmediatamente, repitió Nicole.

— ¿Y qué? preguntó Andrea.

— No estabais ya sentada al clave.

Andrea levantó la cabeza; pero era imposible leer en sus hermosos ojos otra cosa que el asombro.

— ¿Es extraño! dijo.

— Así ha sucedido, mi más ni menos.

— Decís que no estaba en el salón: no me he movido de él.

— Perdonadme, señorita, que os diga que no es así, dijo Nicole.

— ¿Pues entonces, dónde estaba?

— Debéis saberlo mejor que yo, contestó Nicole encogiéndose de hombros.

— Creo que te engañas, dijo Andrea con la mayor dulzura; no me he movido de mi asiento, y recuerdo solamente haber tenido frío, y haber experimentado cierta pesadez y grand dificultad para levantarme y andar.

— ¡Oh! dijo Nicole riendo, cuando os ví andabais muy bien.

— ¿Me has visto?

— Sí, señora, os he visto.

— Sin embargo, ahora mismo decías que yo no estaba en el salón.

— No fué en el salón donde os ví, señorita.

— ¿Pues dónde estaba yo?

— En el vestíbulo, cerca de la escalera.

— ¡Yo! dijo Andrea.

— Vos misma; creo que os conozco muy bien, señorita, dijo Nicole con una sonrisa que afectaba sinceridad.

— Sin embargo, estoy segura de no haberme me-
neado del salón, replicó Andrea llamando cándida-
mente en su auxilio á sus recuerdos.

— Y yo, dijo Nicole, estoy segura de haberos visto
en el vestíbulo, y hasta creí, añadió redoblando su
atención, que volvíais de pasear por el jardín, pues
después de la tempestad quedó una noche muy her-
mosa. Es agradable pasearse de noche; el aire es más
fresco, las flores huelen mejor, ¿no es así, señorita?

— Bien sabes que no me atrevo á pasearme de
noche, dijo Andrea sonriendo; soy demasiado miedosa.

— Paseándose con compañía, replicó Nicole, no se
tiene miedo.

— ¿Y con quién quieres tú que me pasee? dijo
Andrea, que estaba lejos de ver un interrogatorio en
todas las preguntas de su camarera.

Nicole no juzgó á propósito llevar más adelante la
investigación. Aquella sangre fría que le parecía el
colmo del fingimiento, le causaba miedo, por cuya
razón creyó conveniente dar otro giro á la conversa-
ción.

— ¿Decíais, señorita, que sufríais ahora mismo?

— Sí, en efecto, sufro mucho, contestó Andrea;
estoy cansada, rendida, y esto sin razón alguna, pues
ayer he hecho lo que hago todos los días. ¡Si iré á
ponerme enferma!

— ¡Oh! dijo Nicole, algunas veces tiene uno pe-
sares.....

— ¿Y qué? preguntó Andrea.

— Los pesares producen el mismo efecto que la
fatiga. Yo sé eso por experiencia.

— ¿Cómo! ¿tienes tú pesares, Nicole?

Estas palabras fueron pronunciadas con una especie
de negligencia desdeñosa, que dió á Nicole valor para
romper su reserva.

— Sí, señorita, contestó bajando los ojos, sí, tengo
pesares.

Andrea bajó negligentemente de su cama, y desnu-
dándose para vestirse de nuevo, dijo:

— Cuéntame eso.

— En efecto, venía precisamente para deciros.....

Nicole se calló de repente.

— ¿Para decirme qué? ¡Dios mío! estás azorada,
Nicole.

— Sí, señorita, como vos cansada; sin duda pade-
cemos las dos.

Esta última frase desagradó á Andrea, que frunció
el ceño y lanzó esta exclamación:

— ¡Ah!

Pero Nicole se admiró muy poco de la exclamación,
á pesar de que la entonación con que fué pronunciada
hubiera debido hacerla reflexionar.

— Puesto que lo queréis, dijo, comienzo.

— Veamos, respondió Andrea.

— Tengo ganas de casarme, señorita, continuó Nicole.

— ¡Bah! exclamó Andrea; ¿piensas en eso, y no
tienes todavía 17 años?

— Y vos no tenéis más que 16.

— ¿Y qué?

— ¡Qué! que aun cuando no tenéis más que 16,
¿no pensáis algunas veces en casaros?.....

— ¿Qué prueba tienes para pensar así? preguntó
severamente Andrea.

Nicole abrió la boca para decir una impertinencia; pero sabía que esto sería cortar enteramente la explicación, que aun no estaba muy adelantada, y mudando de parecer dijo:

— En resumidas cuentas, yo no puedo saber lo que pensáis; soy una campesina, y obro según la naturaleza.

— Bellísima palabra.

— ¡Cómo! ¿no es natural amar á uno y desear ser correspondida?

— Es posible: ¿y qué tenemos con eso?

— Que amo á uno.

— Y ese uno, ¿os ama?

— Creo que sí.

Nicole comprendió que la duda era demasiado pálida, y que en semejante ocasión era necesaria la afirmativa.

— Es decir, que estoy segura de ello, añadió.

— Muy bien; según veo, ocupas bien tu tiempo en Taverney.

— Es menester pensar en el porvenir. Vos, que sois una señorita, tendréis sin duda una fortuna de algún pariente rico; pero yo, que no tengo parientes, no podré contar sino con lo que buenamente encuentre.

Como todo esto parecía muy natural á Andrea, olvidó poco á poco el tono con que habían sido pronunciadas las palabras que tan mal le habían parecido, y triunfando su bondad natural, dijo:

— ¿Y con quién quieres casarte?

— ¡Oh! con uno que conocéis, dijo Nicole fijando sus dos hermosos ojos en los de Andrea.

— ¿Que yo conozco?

— Perfectamente.

— ¿Quién es? sepamos.

— Temo que os desagrede mi elección.

— ¿Á mí?

— Sí.

— Luego la juzgas poco conveniente.

— No digo eso.

— Pues bien, entonces habla sin temor; es un deber en los amos interesarse por los criados que les sirven bien, y yo estoy contenta de tí.

— Sois muy buena.

— Habla pronto, y acaba de una vez con tus rodeos.

Nicole reunió todas sus fuerzas y toda su penetración.

— Pues bien, es... es Gilberto, dijo.

Con gran asombro de Nicole, Andrea no frunció el ceño siquiera.

— ¿Gilberto, el hijo de mi nodriza?

— El mismo, señorita.

— ¡Cómo! ¿es ese muchacho con quien quieres casarte?

— Sí, señorita, él es.

— ¿Y él te ama?

Nicole creyó llegar al momento decisivo.

— Me lo ha dicho veinte veces, respondió.

— ¡Pues bien! cástate, dijo tranquilamente Andrea; no veo en ello ningún obstáculo. Tú no tienes ya parientes; él es huérfano, y sois dueños de vuestra suerte.

— Sin duda, balbuceó Nicole estupefacta de ver llegar el desenlace de aquella escena de una manera tan poco conforme con sus previsiones. ¡Cómo, permitís!.....

— Con mucho gusto; no veo más inconveniente sino que sois muy jóvenes los dos.

— Así podremos vivir más tiempo juntos.

— No sois ricos ni el uno ni la otra.

— Trabajaremos.

— ¿En qué ha de trabajar él que no es bueno para nada?

Por el pronto Nicole no acertó á pronunciar una palabra, pues tanto disimulo la tenía sorprendida.

— Me permitiréis que os diga que tratáis muy mal á ese pobre Gilberto.

— ¡Diantre! exclamó Andrea: le trato como merece: es un perezoso.

— ¡Oh! señorita, el pobre está leyendo siempre y no desea más que instruirse.

— Lleno de mala voluntad, continuó Andrea.

— Pero no para vos, señorita, replicó Nicole.

— ¿Cómo?

— Lo sabéis mejor que nadie, señorita, pues le mandáis cazar para el regalo de vuestra mesa.

— ¡Yo!

— Y le hacéis andar algunas veces diez leguas para encontrar una perdiz.

— Confieso á fe mía que jamás he prestado la menor atención.

— ¿Á la perdiz? dijo Nicole riendo.

Andrea se hubiera reído tal vez de aquella salida y no habría adivinado toda la hiel que contenían los sarcasmos de su camarera, si se hubiera hallado en su disposición ordinaria de espíritu; pero sus nervios temblaban como las cuerdas de un instrumento extremadamente cansado; temblores nerviosos precedían á cada acto de su voluntad y á cada movimiento de su cuerpo. El menor rasgo de agudeza era para ella una dificultad que quería vencer á toda costa.

— Veamos, ¿qué quiere decir la del agudo talento? preguntó Andrea reanimándose de repente, y recordando con la impaciencia toda la perspicacia que su molición le impedía tener desde el principio de la escena.

— Yo no tengo talento, señorita, dijo Nicole; el talento es bueno para las grandes señoras. Yo no soy más que una pobre muchacha, que digo buenamente lo que tengo que decir.

— ¿Pero qué es lo que tienes que decir? sepamos.

— Que calumniáis á Gilberto, que os guarda todas las atenciones debidas. Esto es lo que tengo que decir.

— No hace más que su deber como criado.

— Pero Gilberto no es criado, señorita, puesto que no cobra salario.

— Es hijo de nuestros antiguos colonos: se le da de comer y hospedaje; nada hace en cambio del alimento y de la habitación que se le da; tanto peor para él, porque los roba. ¿Pero dónde queréis venir á parar, y porqué defendéis tan acaloradamente á ese joven á quien nadie ofende?

— ¡Oh! ya sé que no le ofendéis, dijo Nicole con una sonrisa erizada de espinas: todo lo contrario.

— He ahí otras palabras que no comprendo.

— Porque no queréis comprenderlas.

— Basta, dijo Andrea severamente: explicadme ahora mismo lo que queréis decir.

— Sabéis mejor que yo lo que quiero decir.

— No: nada sé, y sobre todo nada adivino, porque no tengo tiempo para adivinar vuestros enigmas. Me pedís mi aprobación á vuestro casamiento.

— Sí, señorita, y os suplico que no me aborrezcáis si Gilberto me ama.

— ¿Y qué me importa á mí que Gilberto os ame ó no os ame? me vais cansando de veras.

Nicole se empinó sobre sus menudos pies como un gallito sobre sus espolones. La cólera, tanto tiempo contenida en ella, estalló al fin.

— Después de eso, dijo, tal vez hayáis dicho la misma cosa á Gilberto.

— ¡ Pues hablo yo á vuestro Gilberto ? Dejadme en paz, estáis loca.

— Si le habláis ó no le habláis, pienso que no hace mucho tiempo.....

Andrea se dirigió hacia Nicole lanzándole una mirada desdeñosa.

— Hace más de una hora que estáis por decir alguna impertinencia. Quiero que acabéis de una vez.

— Pero... dijo Nicole algo conmovida.

— ¡ Decís que he hablado á Gilberto ?

— Sí, señorita, lo digo.

Un pensamiento, que por mucho tiempo había considerado como imposible, acometió de pronto al espíritu de Andrea.

— ¡ Pero, desdichada, tienes celos de mí ? exclamó soltando una carcajada. Tranquilízate, pobrecilla.: yo no miro á tu Gilberto, y no sabría decirte siquiera de qué color son sus ojos.

Andrea se sentía dispuesta á perdonar lo que, según ella, no era ya una impertinencia, sino una locura.

No era esta la cuenta que se echaba Nicole ; considerábase ofendida y no quería perdón.

— Lo creo, replicó, y no es el medio mejor de saberlo, verle de noche.

— ¡ Cómo ? preguntó Andrea, que comenzaba á comprender, pero que no podía creer todavía.

— Digo, que si no habláis á Gilberto más que de noche, como lo habéis hecho ayer, no es ese el mejor medio de conocer exactamente las facciones de su rostro.

— Exijo que os expliquéis inmediatamente, dijo Andrea muy pálida.

— ¡ Oh ! nada más fácil, señorita, dijo Nicole abandonando todo su plan de prudencia..., he visto esta noche.....

— Callaos, me llaman allá abajo, dijo Andrea. Efectivamente, una voz gritaba desde el jardín :

— ¡ Andrea ! ¡ Andrea !

— Es vuestro padre, señorita, dijo Nicole : le acompaña el forastero que ha pasado aquí la noche.

— Bajad ; decid que no puedo contestar ; decid que me siento mala, que estoy muy cansada, y volved para que acabemos como conviene este extraño debate.

— ¡ Andrea ! gritó otra vez el barón, es el señor de Bálamo, que quiere solamente darte los buenos días.

— Id, os digo, repitió Andrea mostrando la puerta á Nicole con ademán de reina.

Nicole obedeció, como se obedecía á Andrea cuando mandaba, sin replicar, sin fruncir el ceño.

Pero cuando partió Nicole, Andrea experimentó cierta cosa extraña ; por muy resuelta que estuviese á no presentarse, se sintió como arrastrada por un poder superior é irresistible hacia la ventana que Nicole había dejado entreabierta.

Entonces vió á Bálamo que la saludaba profundamente fijando en ella sus ojos.

Andrea sintió que iban á faltarle las fuerzas, y para no perder el equilibrio se apoyó en la ventana.

— Buenos días, señor, contestó ella á su vez.

Pronunció estas palabras precisamente en el momento en que Nicole, que acababa de avisar al barón que su hija no contestaría, permanecía estupefacta y con la boca abierta, sin comprender nada de aquella caprichosa contradicción.

Casi al mismo tiempo, perdiendo Andrea enteramente sus fuerzas, cayó sobre un sillón. Bálamo continuó mirando hacia la ventana.